

Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina
E-ISSN: 2308-0132
danita@flacso.uh.cu
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Cuba

Vera Vergara, Vivian
Función educativa en familias monoparentales masculinas: estudios de caso
Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina, vol. 5, núm. 3, septiembre-diciembre, 2017, pp. 133-142
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Miramar, Cuba

Disponible en: https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=552377262015

Cómo citar el artículo
Número completo
Más información del artículo
Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

www.revflacso.uh.cu

Función educativa en familias monoparentales masculinas: estudios de caso

Educational Function in Single-Parent Male Families: Case Studies

MSc. Vivian Vera Vergara
Profesora Auxiliar
Facultad de Psicología, Universidad de La Habana
Cuba
vvera@psico.uh.cu

Fecha de enviado: 23/05/2017
Fecha de aprobado: 29/05/2017

RESUMEN: El artículo aborda el tema del desempeño de la función educativa en familias monoparentales masculinas. Se empleó la metodología cualitativa al realizar un estudio de casos en la provincia Guantánamo, Cuba. En las familias estudiadas los padres en situación de monoparentalidad desempeñan la función educativa desde los referentes maternos, pero aplicando variantes según la forma en que asumen su rol parental (tradicional o con emergentes de cambio); y replican las prácticas habituales maternas hasta que aparece otra figura femenina sustitutiva de la madre ausente. Las prácticas cotidianas paternas se relacionan mayormente con la dimensión socializadora de la función educativa y menos con la protección psicosocial y la crianza de los hijos. La dinámica emocional – relacional que se establece se vincula con el uso de estilos educativos como la permisividad o la sobreprotección.

PALABRAS CLAVE: función educativa, familias monoparentales masculinas.

ABSTRACT: This article speaks about the performance of the family's educational show in one-parent masculine families. The qualitative methodology was used, accomplished a case study in Guantánamo provinces, Cuba. In the studied families the fathers alone with his children perform the educational show from the referent maternal, but applying variants according to the way that they assume his parental role in (traditional or with emerging of change); and they reply to the habitual maternal pilots until another feminine figure appears at home. The quotidian paternal practices relate to dimension largely socialization of the educational show and less with protection psychosocial and the parenting. The emotional – relational dynamics established links up with the use of educational styles like permissiveness or the overprotectiveness.

KEYWORDS: family's educational function, one-parent masculine families.

El papel de la familia en la educación tradicionalmente se ha asociado con las acciones que esta desarrolla como agente socializador primario. Sin embargo, la función educativa de la familia trasciende los límites de la socialización y se cumple cuando se integran de forma armónica el desempeño de la totalidad de las funciones familiares[1]. Su ejecución de manera adecuada es determinante en la funcionalidad familiar.

Tradicionalmente la representación de la función educativa de la familia era en los marcos de la familia nuclear, pero este modelo se ha desdibujado a raíz del conjunto de cambios sociales ocurridos en la pasada centuria. Estos cambios tributaron a la conformación de nuevas realidades familiares en cuanto a elementos dinámicos y estructurales; entre ellas emerge con mayor representatividad la familia monoparental.

Las familias monoparentales son las compuestas por un solo miembro de la pareja progenitora (varón o mujer) y en la que, de forma prolongada, se produce una pérdida de contacto afectivo y lúdico de los hijos no emancipados con los padres (Buitrago, 1998).

La monoparentalidad no es un fenómeno de reciente aparición, es la modalidad de organización familiar más antigua de América Latina y el Caribe, sólo que ahora ha cambiado su nombre y está más legitimada por la sociedad. En nuestro continente, al igual que en el resto de las sociedades industrializadas, ha existido un incremento del número de hogares monoparentales, lo cual es una tendencia del proceso de modernización de la familia (Treviño, 2007). En países como Chile y Perú aproximadamente un 10% de las familias son monoparentales y están mayoritariamente encabezadas por mujeres (Arriagada & Aranda, 2007).

En Cuba también ha aumentado el número de familias monoparentales. Según la ONEI, y tomando como fuente los Censos de Población y Vivienda, en el 2002 esta tipología familiar representaba un 21%, mientras que en 2012 había ascendido al 23,2%.

Según las personas que conviven en la familia monoparental, estas pueden clasificarse de la siguiente forma:

- familia monoparental seminuclear: formada por madre/padre e hijos.
- familia monoparental extensa: constituida por madre/padre, hijos y otros familiares de generación diferente.

Aunque históricamente las familias monoparentales han estado mayoritariamente encabezadas por mujeres, los núcleos familiares liderados por padres sin la presencia materna ya no constituyen casos aislados, y se denominan familias monoparentales masculinas. Esta forma no convencional de composición familiar puede tener un carácter transitorio; pero también puede ser una característica permanente en familias que por abandono, divorcio, viudez, emigración, etc. la madre ya no constituya un miembro del hogar, en cuyo caso la familia se convierte en monoparental masculina.

Los padres que se enfrentan a esta situación están abocados a repensar sus formas de ejercer la paternidad desde dos fuerzas: por un lado el llamado social que impone a todos los hombres cambios en la asunción de sus roles –genérico y parental– a tenor con la contemporaneidad, y por otra parte las características sui géneris que implica un contexto familiar donde no está la madre como puntal tradicional del funcionamiento doméstico.

¿Qué ocurre entonces con estos padres que asumen la educación de la descendencia sin la madre a su lado? Deben enfrentarse solos a una función para la que no se les ha preparado desde la cultura y para cuyo desempeño carecen de referentes diáfanos. Asumen una responsabilidad tradicionalmente femenina, por la que antes no se les culpabilizaba si constituía un fracaso.

Estas son las razones por las cuales ya no resulta infrecuente encontrar en las consultas de Psicología hombres que solicitan ayuda porque desconocen cómo enfrentar la paternidad cuando han asumido el cuidado de sus hijos de forma independiente por cualquier causa. Quizás la existencia de prejuicios con respecto al género masculino no permita que mayor cantidad de ellos acceda a los especialistas, lo que no debe desvalorizar el tema como objeto de investigación para la Psicología.

El presente trabajo aborda el tema de la función educativa en familias monoparentales masculinas, y en consecuencia se plantea como objetivo caracterizar el desempeño de la función educativa en familias monoparentales masculinas.

Metodología

El esquema de investigación que se propone es no experimental, además es transversal y descriptivo.

Se tomaron como muestra cinco familias monoparentales masculinas. Las mismas se ubicaron en el perímetro urbano del municipio Guantánamo, en la provincia del mismo nombre. La selección muestral se hizo a partir de las causas de la monoparentalidad, para tener una mayor riqueza en el análisis del fenómeno. Según las causas por las que existía ausencia materna la muestra estuvo integrada por una familia que se convirtió en monoparental por muerte de la madre, dos por abandono y dos por divorcio.

Se seleccionó el método cualitativo para analizar e interpretar los aspectos significativos diferenciales de la conducta paterna en términos de desempeño de la función educativa y de las representaciones que tienen los padres y familias investigadas al respecto; contextualizados en el escenario natural en que se desarrolla y atravesados por las prácticas culturales en que se realiza dicha acción.

El método cualitativo se concretó en forma de un estudio de casos múltiple, para el cual se escogieron como instrumentos específicos la entrevista en profundidad, el inventario de rutinas cotidianas y el test de funcionamiento familiar, aplicados en este mismo orden.

En el procesamiento de la información obtenida se empleó la separación en unidades según criterios temáticos para la reducción de los datos. De todo el material recopilado a partir de los instrumentos empleados se consideraron los acontecimientos, las experiencias, representaciones, estereotipos y acciones desarrollados en las distintas familias y se agruparon aquellos que versaban sobre un mismo tema: acciones que garantizan la supervivencia, demostración del afecto, efectividad del rol parental, estrategias empleadas por la familia para manejar las situaciones de crisis y los eventos del medio, acciones vinculadas a la transmisión de pautas culturales y formación de valores, acciones vinculadas con la formación de la identidad, pautas educativas empleadas en la socialización. Una vez realizada esta operación se clasificaron las unidades y se incluyeron en las categorías correspondientes con los tópicos seleccionados. Se partió de un sistema de categorías predefinido (dimensiones de la función educativa)[2] que se refleja a continuación:

- función educativa relacionada con la crianza,
- función educativa vinculada con el apoyo y protección psicosocial, y
- función educativa relacionada con la socialización

Para el análisis de los resultados se buscaron, en cuanto a cada categoría, las informaciones más relevantes que constituían factores comunes para los casos y también aquellos datos divergentes de un caso a otro y que resultaron significativos para la investigación.

Análisis de los resultados

En los casos analizados, el tránsito de las familias a la condición monoparental constituye un hito en el ciclo vital de cada una de ellas porque introduce cambios en su estructura y dinámica interna. La ausencia de la madre implica la modificación de la rutina cotidiana de la familia en general y de los padres en particular; en algunos casos, los mismos han tenido que cambiar de puesto de trabajo, mientras que en otros tuvieron que hacer adecuaciones en los horarios laborales para adelantar la llegada a casa y dedicar mayor tiempo a la descendencia. Además ha ocurrido una actualización de las tareas desempeñadas por el padre –incorpora a su rol algunas responsabilidades relativas a la crianza, que eran desarrolladas exclusivamente por la madre –, la inclusión temporal de miembros de la red de apoyo que no convivían en el hogar (abuelas); la renovación de los estilos educativos, relacionales y de comunicación dirigidos a la descendencia.

En el proceso de elaboración de la nueva realidad los padres que desempeñan el rol desde el modelo tradicional manifiestan mayores resistencias al cambio en tanto deben evolucionar de proveedores a ejecutores independientes de la función educativa, para la cual no se les ha entrenado en la historia de construcción de su identidad de género y cuya complejidad se multiplica cuando falta la madre, que tradicionalmente ha actuado como pilar del proceso educativo. Aunque se perciben en los padres algunos cambios con respecto a la esfera íntimo-personal (formas renovadas de mostrar el afecto a las hijas, mayor implicación en el proceso formativo), las transformaciones operadas en sus prácticas cotidianas tienen un carácter extrínseco por lo que su expresión no es estabilizada o fija, y ante determinados eventos del medio se reactualiza el rol tradicional.

En algunas familias las transformaciones en el rol de padre ni siquiera adoptan un carácter formal pues cuando convive temporalmente alguna figura femenina en casa se mantienen las formas habituales de ser padre, sólo se redimensiona en aras de adquirir un papel más protagónico en la toma de decisiones con respecto a los hijos. Esto es coherente con lo planteado en la investigación realizada por Adrián Cuevas en el 2003 con familias monoparentales masculinas, en lo relativo a las actividades del hogar, en las que hay una mayor implicación de otro familiar, principalmente la abuela u otras personas externas a la unidad familiar.

Debe considerarse también en este análisis que las mujeres que colaboran con el padre a partir de la ausencia materna –abuelas, tías, vecinas – también pueden asumir el rol femenino según los referentes tradicionales y desde aquí expropiar al hombre del desempeño de un conjunto de funciones al interno del hogar.

Los padres que por el contrario desarrollan conductas acordes a las características del modelo parental con emergentes de cambio o no tradicional sienten la presión social ante la

expresión *"anómala"* de su identidad según los patrones de la cultura androcéntrica.

Tanto los padres tradicionales como los que incorporan formas más creativas en el desempeño de su rol se encuentran sobreexigidos y en consecuencia vivencian sobrecarga de funciones porque socialmente se les refuerza el rol de proveedor pero se les exige de la misma manera el cumplimiento de las funciones asignadas habitualmente a la mujer, las que rechazan por oponerse a los rasgos estereotipados del rol masculino que comparten y para cuyo desempeño no tienen un patrón a seguir.

En la muestra se aprecia la coexistencia de formas tradicionales y progresistas de ser papá, lo que se corresponde con lo planteado por Patricia Arés (1998), referente a la forma de asumir el rol de padre en la actualidad. Con independencia del modelo paterno que se ejecuta en cada una de estas familias los padres han flexibilizado sus concepciones sobre la paternidad a partir de su práctica cotidiana, aunque rechacen algunas de las funciones que implica.

La totalidad de los padres entrevistados debió enfrentarse a la desconfianza social por asimilar un rol que, según la cultura androcéntrica, no les pertenece y a la exigencia de desempeñar la función educativa desde los referentes de la maternidad; si lo ejecutan de manera contraria o creativa son objeto de censura por parte de la sociedad independientemente de la obtención de resultados positivos en la educación de la prole. Esto es coincidente con los hallazgos de Ramón Rivero (2006), que manifiesta que aun cuando la participación igualitaria del varón en la crianza es una necesidad social, contradictoriamente, no se valoriza ni se apoya la función paterna.

Los padres también vivenciaron ansiedad al asumir la nueva realidad familiar porque ellos desconfiaban de su propia capacidad para ejercer la función educativa de forma exitosa. Esto ocurre porque no cuentan con modelos experienciales que les permitan aproximarse a dicha situación al no haber sido adiestrados en la adquisición de habilidades para ejercer la función educativa: las labores que deben desempeñar para garantizar la crianza, las formas de apoyar a los hijos frente a los eventos del medio, los modos de transmitir mensajes socializadores que implican intimidad, confianza y buena comunicación. La totalidad de la muestra en ausencia de referentes claros para el ejercicio de la nueva y demandada paternidad, reaccionó de manera constructiva, relativa a los que establecen nuevas formas de relación con los hijos, en ocasiones identificados con los modelos maternos (Ventimiglia, 1995).

En ocasiones la ausencia de estos recursos individuales incita a los padres en situación de monoparentalidad a buscar la cooperación de la red de apoyo. Las características de la red de apoyo condicionan los estilos de afrontamiento ante la ausencia materna. La misma puede instituirse como catalizador u obstáculo para la adaptación familiar a las nuevas condiciones de vida. En su primera acepción contribuye a que los padres no vivencien sobrecarga en sus funciones, colabora en la atención de la descendencia sin expropiar al mismo de su rol protagónico. Como barrera adaptativa los miembros de la red de apoyo intentan anular el rol paterno usurpando sus funciones, lo que en ocasiones representa un pretexto para aquellos padres cuya función educativa carece de sentido personal o es asumida desde la perspectiva tradicional. Sin embargo ello encierra en sí mismo un doble efecto para la figura paterna: se le exime del cumplimiento de sus deberes pero

al exigir sus derechos en el ejercicio de la autoridad reconoce que también le han sido expropiados.

La forma de vivir la ausencia materna está atravesada por las causas que le dieron origen a esta situación en cada caso concreto. Los padres divorciados la asumen con relativa naturalidad y dicen la verdad sobre ella a sus hijos. Aquel padre que se erige como figura educativa independiente a partir de la viudez se esfuerza por mantener la estabilidad emocional ante el duelo empleando recursos como la religión; no obstante su creatividad para mantener el equilibrio familiar ha tenido un carácter intuitivo. Más los padres que han sido abandonados se victimizan dentro de su propio rol educativo unilateral por los estereotipos sociales relativos al género y racionalizan su ira hacia la madre ausente sólo por el daño psicológico provocado a la descendencia. El mismo se refuerza si existe un tratamiento inadecuado de esta realidad, que se traduce en críticas a la madre ausente o evasión del tema. En estas familias el desempeño de la función educativa está matizado por la nula influencia de la madre no conviviente, quien se autoexime de sus obligaciones para con la descendencia. Es decir, en los casos de viudez y abandono materno el ejercicio de la paternidad se sustenta en la lástima hacia la descendencia.

Los padres que ejecutan su rol desde la posición tradicional vivencian un conflicto intra-rol en relación con la demostración de la afectividad: existe una exigencia social relativa al desempeño del rol parental según los referentes maternos, pero dicha demanda se opone a los estereotipos relativos al género masculino de que el hombre debe alejarse de la ternura y no expresar sus sentimientos de manera abierta. Esta es una forma de expresión de la crisis de la paternidad pues el padre debe cumplir las demandas sociales contradictorias pero desde referentes difusos de la paternidad. Ello se agudiza aún más cuando se refiere a la relación que deben establecer los padres con sus hijos varones porque la presión social se ejerce en ambos sentidos. Se percibe la influencia de la cultura en el establecimiento de diferencias educativas según el género de los hijos.

Por el contrario los padres no tradicionales vivencian la relación paterno-filial exenta de contradicciones intrasubjetivas.

La efectividad del rol parental puede comprobarse en grados variables según las concepciones sobre el papel del padre en el desarrollo de la descendencia y las formas de asumir la función educativa en ausencia de la madre. Algunos interpretan su rol educativo como la mera satisfacción de las necesidades materiales y descuidan la importancia de satisfacer las de orden espiritual en la formación y desarrollo de la personalidad. En ocasiones esto es el resultado de desconocimiento del contenido de la función paterna o de la existencia de estereotipos genéricos provenientes del medio sociocultural en el que se encuentran insertados. Otra variante es que los padres conocen cuáles son las necesidades de sus hijos pero no son consecuentes con ellas en su manifestación comportamental. Dicha situación fue descrita por Ramón Rivero (2006): el rol que desempeña el padre cubano en la actualidad dista de la función paterna.

En algunas familias existe otro miembro que compensa las carencias provenientes del desempeño estereotipado del rol paterno, pero en otras los hijos se quedan con la vivencia de la insatisfacción.

Aunque los padres demuestren la efectividad de su rol educativo en la vida cotidiana sienten que su desempeño es incompleto – persiste el prejuicio del lugar secundario del padre con

respecto a la madre en la formación de la descendencia por la existencia de características maternas innatas–, y se autolimitan en el desempeño de estilos más creativos porque se sienten presionados por los estereotipos de género. No obstante su necesidad de ser más eficientes en el ejercicio del rol en la mayoría de los casos continúa adoptando un carácter pasivo.

En consecuencia con lo descrito hasta el momento, las familias en que el padre ha asumido el ejercicio independiente de la función con menos prejuicios se verifica un mayor nivel de funcionalidad familiar en tanto existen climas sociopsicológicos más armónicos, los roles se distribuyen equitativamente y las demostraciones de afecto son espontáneas, además existe una comunicación abierta.

En la mayoría de los casos la formación de la identidad de la prole se vincula con su género de modo que se refuerzan los estereotipos masculinos y femeninos. A los hijos se les enseña a ser independientes, decididos, seguros de sí mismos, promiscuos, eficientes en los espacios públicos; mientras que en las hembras se promueve la delicadeza, el desarrollo de competencias en el área doméstica, y se obvian temas como la sexualidad, que resultan tabúes en la relación padre-hija. Es manifiesta la existencia de diferencias de género que marcan el desempeño de la función socializadora. Coinciden en la educación de ambos géneros el desarrollo del valor independencia, lo cual se contrapone en el caso de las hembras con el rol tradicional. Este último elemento manifiesta la existencia de algunos emergentes de cambio en las concepciones tradicionales paternas en cuanto al género.

Como tendencia general se confirma que los padres transmiten los códigos que se comparten en el medio sociocultural en el cual se encuentra insertada la familia porque ello constituye una necesidad adaptativa. En sólo dos casos los padres adoptan una actitud crítica de esta realidad social e intentan alejar a la prole de las tendencias negativas del medio, uno de ellos porque el contexto es marginal y otro porque se opone a algunos de los códigos compartidos por la generación actual.

A partir de la conversión de la familia en monoparental los padres han dedicado más tiempo a la atención educativa de la descendencia, han compartido los espacios en el desarrollo de tareas domésticas, lo cual ofrece más posibilidades para la comunicación, al margen de que sea más o menos abierta.

En los casos analizados se encuentran latentes prejuicios con respecto a la funcionalidad de las familias con ausencia materna. Por ello los adultos desarrollan acciones conscientes para que los niños no vivencien sentimientos de inferioridad por coexistir en una familia de este tipo – una vez más se identifica implícitamente la lástima por la falta de la madre en el hogar.

En general los padres que componen la muestra despliegan estilos educativos centrados en la racionalidad, aunque los alternan con el uso de métodos que afirman el poder parental en dependencia de la situación (verbigracia cuando se transgreden las normas disciplinarias impuestas). El rechazo unánime del maltrato físico demuestra los cambios operados en esta generación de padres con respecto al modelo que le ofrecieron los suyos, en el cual el rol paterno representaba la figura de autoridad a partir del uso de estrategias disciplinarias rígidas: los padres realizan un esfuerzo volitivo consciente por no replicar los modelos inadecuados legados por sus progenitores.

En la implementación de estilos educativos se perciben diferencias con respecto al género

de la descendencia. Los padres que tienen hijos de ambos sexos son más permisivos con las hembras exceptuando el área de la sexualidad, lo cual está respaldado por estereotipos genéricos. Esto tiene una valencia negativa en la formación y desarrollo de la personalidad de la descendencia porque genera ambientes educativos inconsistentes si se compara la acción educativa diferenciada por concepto del género. La inconsistencia educativa también aparece como resultante de la acción simultánea y contradictoria de los padres y abuelos, quienes tienden a sobreinvolucrarse en la formación de los nietos y terminan por usurpar la autoridad paterna.

En las familias en que la ausencia materna es permanente (muerte de la madre o abandono del hogar) la dinámica emocional–relacional que se establece gira en torno al uso de estilos educativos como la permisividad o la sobreprotección, que pueden combinarse con actitudes compensatorias en algunos casos.

La multiplicidad de estilos educativos y estrategias disciplinarias empleados en los casos que constituyeron la muestra desmitifica al padre como la figura que ejerce la autoridad desde el poder, con rasgos de agresividad y rudeza. Las prácticas educativas deconstruyen los estéreotipos relativos a las formas de ser hombre/padre y revelan la aparición de discretos emergentes de cambio en la masculinidad/paternidad.

En general los padres estructuran las formas concretas de educar a su descendencia en torno a la replicación del rol paterno aprendido de su progenitor, pero desde una posición activa, incorporándole nuevos matices. Sin embargo aquellos que rechazan los modelos comportamentales de sus padres son los que incorporan formas más creativas de ser papá.

La mayoría de los padres contribuyen al desarrollo psíquico de la descendencia con acciones que no tienen la suficiente sistematicidad o carecen de un sustento científico, con excepción de los padres que poseen nivel superior y se desempeñan como docentes. Las metas educativas se vinculan esencialmente al logro de un nivel escolar superior por parte de la prole del que alcanzaron los padres; en este sentido los padres desarrollan acciones con una intencionalidad consciente. Este dato concuerda con la investigación de Pacheco (2003), la cual indica que el ejercicio de la función educativa se asocia a factores como el nivel sociocultural, el nivel de concientización que posean los padres acerca del papel fundamental que desempeñan en la educación y desarrollo de sus hijos, la concepción que poseen del desarrollo psíquico infantil, las acciones potenciadoras del desarrollo psíquico, la intencionalidad y sistematicidad con que se ejecutan dichas acciones.

La forma en que los padres asumen la función educativa de su prole está condicionada además por el período del desarrollo psíquico en que se han convertido en jefes de hogar monoparental. En la mayoría de los casos analizados los padres han asumido este rol durante la adultez media, etapa en la cual las características de la personalidad favorecen el desempeño del rol paterno desde una conciencia de la responsabilidad, a partir del desarrollo de la capacidad de autodeterminación. La misma les ha permitido elegir personalmente los modos en que han educado a su descendencia y defender sus criterios con respecto a la educación ante los *"otros"*, empleando estilos educativos propios, lo cual no excluye la participación de los miembros de la red de apoyo, en mayor o menor grado, en la formación de la prole.

La edad de los hijos en el momento en que la familia transitó a la monoparentalidad oscilaba entre los 3 y 15 años de edad, aunque la

mayoría de ellos correspondía a la edad escolar. Los padres que desarrollaron la educación de los hijos preescolares debieron lidiar con un menor nivel de independencia por parte de los niños, que por tanto demandaban mayores atenciones con respecto a la crianza. Aquellos que tenían hijos de edad escolar priorizaron la atención de la esfera docente; mientras que quienes afrontaron la adolescencia de los hijos se encontraron desorientados ante la complejidad del estadio y no siempre jerarquizaron las necesidades comunicativas en un primer orden, empleando estrategias disciplinarias que reforzaban el poder parental.

La funcionalidad de estas familias se confirma en la forma positiva de manifestación de la mayoría de los indicadores funcionales. Pese a las diferencias que existen con respecto a las condiciones materiales de vida el ambiente familiar de cada una está organizado. Con excepción de un caso el resto de los padres ha establecido de forma clara la jerarquía entre ellos, los hijos y las demás generaciones convivientes en el caso de los núcleos monoparentales extensos. Existe una tendencia al uso del estilo educativo democrático y participativo, aunque en dos de los casos, a raíz de la causa que provocó la separación de los hijos de su madre (muerte y abandono), se ha desarrollado de modo intermitente la permisividad. Los límites entre los subsistemas están bien definidos pero tienen un carácter flexible. En los momentos en que se percibe hostilidad los padres la manejan para que no se exprese de forma violenta ni destructiva.

Se establecen relaciones de empatía que favorecen el respeto y la comprensión por los problemas de los demás miembros de la familia. Los padres desarrollan acciones sistemáticas con la intención de consolidar los sentimientos de pertenencia y la identidad familiar. La vida cotidiana se organiza a partir de rutinas claras y establecidas, donde cada miembro de la familia desempeña una función; aunque los roles no siempre se distribuyen de forma equitativa. Se celebran los días festivos y las fechas significativas para la familia, momentos que se establecen como espacios comunes para el intercambio. Los conflictos se solucionan de manera efectiva aunque existe un caso específico en que se han adoptado pseudosoluciones para ellos (el conflicto que provoca la relación con la madre ausente y con otra parte de la familia que rechaza la asunción de la monoparentalidad paterna).

Las crisis, tanto normativas como paranormativas, se han constituido como momentos de aprendizaje para toda la familia y las reacciones ante las frustraciones han tenido un carácter positivo en la mayoría de los casos. Se han empleado las redes de apoyo formal e informal, independientemente de que en ocasiones su papel se haya interpretado de manera errónea por los padres o por los miembros de dichas redes. El hecho de que los roles funcionales no se distribuyan de manera equitativa atenta contra la total funcionalidad de las familias en que los padres desarrollan su rol desde los referentes del modelo tradicional.

La forma de expresión de los indicadores ya mencionados permite desmitificar la incapacidad del hombre en la educación de sus hijos de forma independiente y la disfuncionalidad de estas familias porque poseen un carácter incompleto. Las relaciones vinculares establecidas entre el padre y su prole no están distorsionadas ni generan inestabilidad e inseguridad una vez que ocurre la adaptación a la ausencia materna.

Conclusiones

La función educativa en las familias monoparentales masculinas estudiadas se caracteriza por su desempeño desde los referentes maternos, pero con variantes según la forma en que los padres asumen su rol parental. Los padres tradicionales replican las prácticas habituales maternas de manera formal y transitoria hasta que aparece otra figura femenina sustitutiva de la madre ausente. Los padres con emergentes de cambio aplican modelos creativos de paternidad cercana incluso cuando hay presencia femenina en la familia.

Pese a estas diferencias existe la tendencia a que los padres sean eficientes en el desempeño de su función educativa pues son capaces de garantizarles a sus hijos las condiciones materiales indispensables para su supervivencia según su nivel económico, de brindarles afecto de forma más o menos explícita, cuidar de su salud, proporcionarles recreación acorde con su edad, responsabilizarse por su educación y superación cultural, por su inserción en la vida social y asegurarles la protección ante los eventos del medio.

Notas:

[1] Las funciones biosocial, económica y cultural-espiritual se sintetizan en una macrofunción, la función educativa. Aunque múltiples autores la consideran al mismo nivel que las anteriores la función educativa posee un carácter integrador puesto que el papel formativo de la familia está implícito en cada una de dichas funciones (Arés, P., 2002).

[2] Dimensiones de la función educativa:

- la crianza: se refiere a la alimentación y los cuidados que garantizan la supervivencia, efectividad en los roles parentales y las demostraciones de afecto.
- el apoyo y protección psicosocial: protege a la familia ante los trastornos mentales y contribuye a su estabilización. Facilita la adaptación de los miembros de la familia a los eventos del medio social.
- la socialización: la transmisión de pautas culturales, la formación de valores, la adquisición de la identidad personal, familiar, social y de género están favorecidas por el carácter de las relaciones interpersonales en la familia, que poseen un marcado carácter afectivo. Mediante la socialización se adquieren conocimientos, habilidades y destrezas en el manejo de situaciones que aparecen en el medio (Arés, P., 2002).

Referencias:

Arés, P. (1998). Familia, ética y valores en la realidad cubana actual. *Temas*, 7 (15), 57–64.

Arés, P. (2002). *Psicología de la familia. Una aproximación a su estudio*. La Habana: Editorial Félix Varela.

Arriagada, I. & Aranda, V. (Comps.) (2007). *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidades de políticas públicas eficaces*. Santiago de Chile: CEPAL, División de Desarrollo Social/UNFPA.

Cuevas, A. (2003). La relación padres-hijos escolares en familias monoparentales de un contexto mexicano. *Revista Cubana de Psicología,* 20(1), 62-67.

Pacheco, G. (2003). *Función educativa de los padres y modelos de crianza de su familia de origen: un proceso de construcción individual.* Tesis de Maestría. Universidad de La Habana, Cuba.

Rivero, R. (2006). Ser papá: rol versus función. *Sexología y Sociedad,* (32), 4-8.